

EL DOLAR QUE DISMINUYE



JUAN ALDEBARAN

En 1974, por 1.000 francos suizos se daban 275 dólares, como en la parte izquierda de la fotografía; ahora, por 1.000 francos suizos se dan 570, como en la parte derecha de la fotografía.

¿ POR qué baja el dólar? La respuesta más inmediata es que, como cualquier otra moneda de cualquier otro país, baja —y baja vertiginosamente— como consecuencia de una inflación. Pero el dólar no es una moneda cualquiera. Es, todavía, un patrón monetario internacional, la divisa más importante del mercado. Cuando el dólar baja o sube más allá de unos determinados niveles, repercute en toda la economía del mundo. En esta ocasión ha desbordado largamente los niveles por abajo. Y a los financieros no les basta con la explicación simple de que es un problema inflacionista. Buscan otras razones: una, que es una maniobra de los propios Estados Unidos para desplazar sobre sus aliados y sobre sus zonas de influencia una inflación interna que se va haciendo grave. Otra, que es el principio de una

“guerra de independencia” de otras monedas fuertes, a partir del yen japonés, continuando por el marco alemán y por el franco suizo. La tercera, que surge espontáneamente de una crisis de confianza mundial, especialmente de los países exportadores de petróleo que querían fijar sus precios en otras monedas que les parecen más sólidas. En cualquier caso, en España se mascó la tragedia. Los dólares atesorados como consecuencia de un considerable esfuerzo de austeridad, y los que están entrando precisamente ahora por el concepto de turismo, pierden rápidamente valor. Los efectos de la devaluación de la peseta se pierden, hasta el punto de que podría pensarse en una nueva devaluación que corrigiera unas cotizaciones que ya son anormalmente altas, pero que produciría las inevitables consecuencias de en-

carecimiento de la vida cotidiana, en un momento difícil como es el regreso de las vacaciones y la amenaza del “otoño caliente”. Finalmente, la posible alza de los productos energéticos —y de otras materias primas— que se ve venir como consecuencia de la baja del dólar.

El dólar es una moneda imperial. Cuando el gran Imperio del mundo era el británico, la moneda imperial era la libra esterlina. El dólar la fue reemplazando, hasta ocupar en el mundo una garantía similar a la del oro. En 1933, Roosevelt fijó la equivalencia del dólar en 0,88867 gramos de oro (o sea, 35 dólares por onza de oro). Durante muchos años, por encima de guerras, de hundimientos monetarios, de toda clase de catástrofes, el dólar ha sostenido ese mismo equilibrio. Teóricamente, los Estados Unidos entregaban una onza de oro a to-

do aquel que les pagara 35 dólares. En 1971, el Presidente Nixon suspendió esa convertibilidad: el dólar se convertía en una moneda flotante, o sea, sometida a las oscilaciones del mercado. Desde entonces no ha cesado de bajar. El 11 de agosto, la onza de oro se cotizaba en el mercado de Londres a 211 dólares quince centavos. Solamente el día antes valía aún 3 dólares y medio menos. Con respecto a otras monedas, la pérdida era también considerable. En diciembre de 1971 se daban 308 yenes japoneses por un dólar; el 15 de agosto se daban 184. Con respecto al marco, el dólar valía 3,22 en diciembre de 1971, y no valía más que 1,95 el 15 de agosto. En el primer caso, la depreciación había sido de un 40,3 por ciento; en el segundo, del 39,4.

La reacción de los países exportadores de petróleo —la

OPEP— no se va a hacer esperar. Hace meses que están viendo la caída del dólar, y pretendiendo reevaluar sus precios. Los contenía, hasta ahora, Arabia Saudita, tan dentro de la órbita política, económica y militar de los Estados Unidos; pero la presión que ejercen los otros doce miembros es creciente. Están en dificultades serias. Hay países, como la propia Arabia Saudita, a quienes parecen sobrarles los dólares. Viajan por el mundo buscando donde invertir los famosos petrodólares. Pero hay otros que los absorben rápidamente para cubrir necesidades interiores: planes de desarrollo, de industrialización. Son países como Venezuela, Nigeria, Argelia, Irán, Irak, Indonesia, Gabón y Ecuador; en 1977, este grupo de países tenía un excedente global de 3.000 millones; para este año calculan un déficit de 500 millones de dólares. Son éstos los países que claman contra la exportación de la inflación que realizan los Estados Unidos. Y pretenden un reajuste de los precios internacionales de su petróleo. Una de las medidas que pretenden es la de sustituir el dólar como patrón, y acudir en cambio a un "cocktail" de monedas que les parecen más estables. Lo que puede suponer este cambio de patrón monetario en lo inmediato es un alza de precios de un 10 por 100. Se sabe lo que sucede con un aumento del 10 por 100 en el precio del petróleo en origen: se va cargando de pluses en transportes, refinarias, tratamiento, fiscalidad, y llega al consumidor con más de un 20, quizá un 25 por 100 de recargo. Lo cual hace subir los otros materiales energéticos. El usuario comercial o industrial de energía hace repercutir este alza sobre sus propios precios, con lo que produce dos efectos: el alza del coste de la vida y una retracción simultánea en el mercado. Efectos opuestos, pero que hoy han dejado de ser extraños o incompatibles. En países de economía débil es una catástrofe.

La inflación del dólar, sin embargo, parece difícilmente contenible. Parte de una inflación interior. El alza del costo de la vida en Estados Unidos fue de un 4,7 durante cada uno

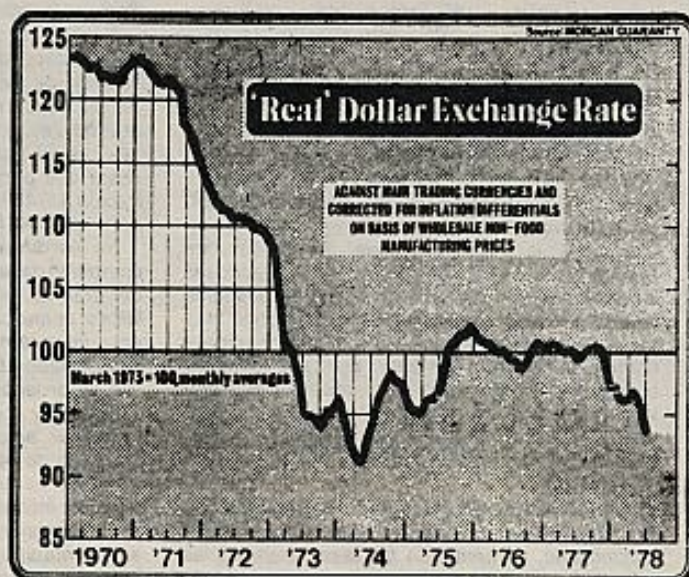
de los dos últimos trimestres de 1977; en el primer trimestre de este año ha sido ya del 9,3 por ciento, y en el segundo, del 11,4 por 100. En sólo el mes de junio —últimas cifras oficiales de las que se dispone—, se ha elevado el 0,9 por 100. Se habla en Estados Unidos del "shirking dollar". "To shirk" es encogerse, retraerse, disminuir: el dólar que se encoge. Si se busca una razón clara y simple, se encuentra ésta: los Estados Unidos, aun siendo el país más rico del mundo, aun explotando a una gran parte de la Humanidad, vive por encima de sus posibilidades. Desde los inmensos gastos de la investigación espacial y el desarrollo de armas hasta el nivel de vida de cada ciudadano de los Estados Unidos, todo está por encima de lo razonable y de lo posible. La política actual de los Estados Unidos está montada sobre la inflación, desde todos los puntos de vista. Y esta sospecha de que la inflación va a continuar hace que todo aquel que tenga dólares se desprenda de ellos. Esto sucede en todos los niveles. Los turistas de los Estados Unidos ven cómo los hoteles o los restaurantes en el extranjero comienzan a pedirles que paguen en moneda nacional, en lugar de los antes altivos y siempre valiosos dólares. Esta dificultad se añade a las de una

carestía europea que antes no encontraban. "La visita a los castillos de Luis de Baviera se ha hecho prohibitiva para los turistas americanos, mientras los alemanes pueden visitar a precio de saldo las Montañas Rocosas o Manhattan", escribía hace poco un columnista del "Financial Times", de Londres. Los americanos que regresan de Europa este verano han tenido "sorpresas desagradables", dice el corresponsal de "Le Monde" en Washington. "Regresan quejándose amargamente del costo de la vida, no solamente en el 'gay Paris', que ya sabían que era caro, sino también en Alemania, en Suiza (...). En cuanto al Japón, 'es ya un país fuera de precio'". En las calles de Roma o en la Costa del Sol, el turista americano ve con envidia cómo los japoneses frecuentan los "palacios" o compran en los comercios que antes eran "suyos". Y sienten que algo del Imperio se les está también encogiendo, como el dólar y con el dólar. Sus expertos no les dan esperanzas: "El dólar continuará cayendo —dice el último informe mensual de la Firs Chicago Corporation— mientras el mercado espere una aceleración de la inflación en los Estados Unidos. Mientras no se modifique la política económica de este país, las perspectivas del dólar serán sombrías".

Pero ¿cómo modificar la política económica? En ningún sector se toman medidas válidas. El proyecto de Carter para realizar ahorros de energía está paralizado en el Congreso desde hace más de un año, después de haber sufrido numerosas enmiendas. Hay elecciones en noviembre y nadie quiere enfrentarse con la impopularidad de las medidas propuestas. Quizá después de noviembre se vuelva a estudiar. Cualquier forma de control de precios y salarios parece inconcebible: se consideraría como un atentado a la libertad de mercado. En una reciente entrevista de Carter (en el semanario "Businessweek") rechazaba una vez más esta posibilidad. Se habla de una conferencia no oficial entre las patronales y los sindicatos para llegar voluntariamente a unos ciertos acuerdos. Las diferencias de puntos de vista son demasiado importantes como para esperar que esa cooperación voluntaria tenga un reflejo válido en la relación precios-salarios. Se piensa también en una campaña de "precios estables", sobre la base de ofrecer algunas ventajas fiscales a las industrias que mantengan sus precios sin disminuir salarios ni reducir la mano de obra: no parece que ninguna se comprometa a esta difícil cuadratura del círculo, y las reducciones fiscales no supondrían un estímulo suficiente.

Sin embargo, ha bastado una reunión de Carter con el secretario del Tesoro y el presidente de la Reserva Federal para hacer creer en una posible esperanza. Lo que ha hecho Carter es simplemente pedir a sus consejeros una serie de medidas para detener la caída del dólar. El jueves y el viernes de la semana pasada esta reunión tuvo el efecto de contener la baja del dólar, sin señalar una recuperación con respecto a otras monedas —quizá algunas centésimas—, aunque sí con respecto al dólar, que sufrió una baja con respecto a todas las monedas y volvió al precio de 210 dólares la onza. Pero la sensación general es la de que la Administración no va a poder dar una respuesta satisfactoria, y que todo lo que se ha conseguido es abrir un compás de espera, que no durará más allá de esta semana.

En cuanto a la respuesta europea, se espera para septiem-



En el gráfico, la trayectoria del valor "real" de cambio del dólar entre 1970 y 1978, tomando como "media" el valor 100 en marzo de 1973. Obsérvese la incidencia de las importaciones energéticas a lo largo de 1974 y 1975, así como la recuperación de la balanza de pagos, la detención del proceso inflacionista y la revaluación del valor de la divisa, a mediados de 1975, gracias a la política proteccionista de Nixon. La línea cae de nuevo durante 1977 y 1978, bajo la Administración Carter. (Fuente: Morgan Guaranty. Reproducido del "Financial Times", de Londres.)

bre. Según un periódico japonés —que son, ahora, los mejor informados de las cuestiones económicas—, los ministros de las diez grandes potencias económicas de Occidente —y Japón es ahora también Occidente— van a reunirse el 7 y el 8 de septiembre para tratar de hacer frente a la situación. Es decir, y sobre todo, para evitar que Europa recoja como va a recoger la inflación americana. No olvidemos que gran parte del destrozo económico europeo actual se debe a dos aventuras imperiales americanas: Vietnam, primero, y la guerra de Israel con los países árabes, después. Que no son aventuras producidas por el azar, la locura o el fanatismo, sino episodios imperiales que corresponden exactamente a la necesidad de Estados Unidos de apoyarse sobre un Imperio para mantener un nivel de vida que, como está dicho y comprobado, se halla por encima de sus medios nacionales, y comienza a estarlo por encima de sus medios internacionales. Porque el Imperio, a partir de un momento dado, se encierra en un círculo vicioso: para explotar tiene que invertir. Hay un momento en que la inversión es menor a la explotación, pero hay otro en el que comienzan a igualarse, hasta que por fin se desequilibran. Esto ha ocurrido con grandes y pequeños Imperios: España se empobreció cuando la explotación de América fue más cara que su beneficio, esto le sucedió después a Gran Bretaña, y el último —el más reciente— ejemplo ha sido el de Portugal en África. La idea de que los Estados Unidos consigan salir de este círculo vicioso por una mejor administración del Imperio y por la posibilidad de los intermediarios imperiales —los grandes aliados, que tienen otra categoría dentro del Imperio— que recogen algunos beneficios por su gestión, pero que pueden también absorber parte de los gastos, es una idea fascinante desde el punto de vista de la Historia, de la economía y de la política. Pero no parece, por ahora, que vaya a terminar bien. El encogimiento actual del dólar es uno de estos episodios, cuyo desenlace será realmente decisivo para la próxima etapa. ■ J. A.

EL TRAGALA DEL DOLAR

RAMIRO CRISTOBAL

Es casi obligado, según la más tradicional costumbre, emitir opiniones sobre los motivos de la debilidad del dólar, cuando llegan momentos, como el de ahora, de persistente baja de valor de la aún divisa mundial. El problema de la mayor parte de estas opiniones estriba en su pragmatismo. Es decir, se toma como sería crisis del momento lo que, en este caso, no son más que avatares de un proceso iniciado años atrás y sólo momentáneamente detenido.

Digamos, de entrada, que tanto las relaciones internacionales —comerciales, financieras y hasta políticas— como la estructura interna de la economía americana tienen una tendencia básica: provocar la persistente devaluación de la moneda y entrar continuamente en peligrosos procesos inflacionistas. Esta tendencia puede ser acelerada por causas coyunturales o detenida por la acción de las autoridades económicas, pero forma parte del propio sistema y es, hoy por hoy, casi imposible de erradicar.

Probablemente el punto de partida para este análisis debe ser, como fecha significativa, la de agosto de 1970, cuando las autoridades americanas decidieron suspender la convertibilidad del dólar en oro, ante las enormes cantidades de dólares acumulados en el Japón y los países europeos. Se trataba, por supuesto, de una violación unilateral de los acuerdos tomados en Bretton Woods en 1944, pero lo cierto es que no hubo ningún tipo de respuesta ni represalia. Esto, lógicamente, hubiera debido significar la muerte del dólar como divisa, ya que la confianza en que estaba basado su poder había caído. Sin embargo, no fue así; se necesitaba una divisa y nadie se atrevió a tomar el relevo ni a volver al patrón oro, porque una y otra cosa entrañaban notables dificultades.

De este modo, el dólar siguió siendo divisa sin su atributo principal: la confianza en su convertibilidad. El asunto quedaría zanjado momentáneamente con la reunión del "Club de los Diez" en diciembre de 1971, en la que se aumentó el precio del oro (de 35 a 38 dólares la onza) y se devaluó virtualmente el dólar, revaluándose así diversas monedas europeas.

Empero, el déficit comercial de los Estados Unidos en 1971 y 1972 continuó, las cuantiosas inversiones en el exterior de las multinacionales se multiplicaron y a esto vino a unirse poco más tarde un elemento casi inédito en las relaciones comerciales: prácticamente por vez primera unos países productores de materias primas elevaron por propia decisión el precio de sus productos. La sangría creciente del pago en energía vendría a unirse al resto de las circunstancias citadas.

Ante la situación, el equipo económico del Presidente Nixon decidió orientarse hacia el proteccionismo, aumentando las tasas arancelarias en muchos productos y rebajando el cupo de importación proveniente de las multinacionales europeas. En el año 1975 casi se lograba estabilizar la balanza comercial americana y mantener el valor del dólar. Gerald Ford había seguido con éxito el camino de su antecesor, desaparecido tras el Watergate.

Así pues, parece insuficiente el análisis que hace del problema, por ejemplo, "Le Monde", que achaca a los aumentos salariales y al pago

energético (30.500 millones de dólares por año) la causa fundamental de la inflación y la debilidad de la moneda americana. O el que hace parte de la prensa inglesa o italiana, que también tiende a analizar muy reaccionariamente el asunto, considerando que son los países productores de petróleo los culpables de todo.

Curiosamente, nadie se plantea el único punto auténticamente nuevo y que yo creo es el centro del conflicto en su versión actual. A saber, el creciente poder e influencia de las multinacionales en la vida política de los Estados Unidos a través de la Trilateral.

Esta agrupación de grandes multinacionales, americanas, europeas y japonesas, se fundó, precisamente, para oponerse a la política proteccionista de la Administración Nixon. Resulta altamente significativo que el diario "Washington Post", que descubrió el caso que causaría la caída de Nixon, fuera una de las empresas periódicas controladas por la Trilateral. Y no lo es menos que el ejecutor material de la misma, por cuenta de David Rockefeller y del Chase Manhattan, fuera el mismísimo Brzezinski. No es ya un secreto que Jimmy Carter era el candidato elegido por Rockefeller y que casi todo su equipo está formado por hombres de la Trilateral: Cyrus Vance, Blumenthal, Walter Mondale y el ya mencionado Brzezinski están vinculados a las multinacionales.

En este sentido, la acción presidencial de Carter ha estado encaminada, casi sin excepción, a una política de liberalismo económico total y en particular en los sectores que atañen a las multinacionales de la Trilateral. Así, la liberalización de las tarifas aéreas y los ataques a la IATA no son ajenos al hecho de que la Pam-Am pertenezca a la Trilateral.

Son estas enormes inversiones exteriores lo que ha causado la mayor sangría, sin duda, a la balanza de pagos norteamericana, aunque, como ya queda dicho, no sea este el único motivo que ha llevado a la situación actual. El problema que se plantea en estos momentos es el de hasta qué punto tiene posibilidades la Administración USA, tan ligada al capital multinacional, para cambiar la política comercial del país.

No es difícil prever un endurecimiento en la competencia entre las multinacionales excluidas del gran cartel trilateral y también entre las políticas comerciales de los países perjudicados en primer término —Alemania Federal y Japón— y los Estados Unidos. La pugna entre las empresas de ordenadores americanas (IBM está en la Trilateral) y la europea Honeywell Bull, para proporcionar el ordenador a la URSS está en el principio de este tira y floja.

Sin embargo, una vez más, habrá que constatar la incapacidad de los países capitalistas para proponer una opción válida ante las interesadas manipulaciones del dólar. De nuevo los manejos sobre el sistema monetario, apenas modificado tras la última guerra mundial, tendrán que ser aceptados por los países europeos como un amargo trágala sin contrapartida. Sólo la alarma de los ciudadanos americanos, abocados a una inflación galopante por la política de las multinacionales, podrá obligar a Carter a una pausa, siquiera temporal, de la política expansiva.

Para volver a empezar muy pronto, claro ■